



ROBERT PERIŠIĆ

Robert Perišić nació en 1969 en Split. Vive en Zagreb. Su comedia de catástrofes *La cultura en los suburbios*, publicada en el año 2000, se representa en el teatro Gavella, el centro dramático de Zagreb. Está en preparativos la edición en internet *Dvorca Amerike (El castillo de América)* y *Kulture u predgrađu (La cultura en los suburbios)*. Ha sido redactor jefe y promotor de las publicaciones *Godina y Nova Godina*. Desde 1994 es crítico literario del semanario *Feral Tribune*, y desde 2000 realiza el mismo trabajo en el semanario *Globus*. Es licenciado en Lengua y Literatura Croata. En Iskon Internet ha publicado un nuevo libro de relatos titulado *Iskonabula*. Una versión ampliada de *Iskonabula* saldrá en breve en edición impresa con el título *Užas i veliki troškovi (Horror y muchos gastos)*. Obras publicadas: *Dvorac Amerike* (poesía, *El castillo de América* 1995), *Možeš pljunuti onoga tko bude pitao za nas* (cuentos, *Puedes escupir al que te pregunte por nosotros*, 1999), *Užas i veliki troškovi* (cuentos, *Horror y muchos gastos* 2002).

LOS MATONES

Hacia tiempo que Braco había olvidado cómo Joško y él habían discutido sobre qué coche tendrían cuando fueran mayores. También Sanja lo había olvidado, aunque era el único testigo de aquella conversación.

—Yo tendré un Wartburg —dijo Braco. Su padre tenía un Wartburg.

Aunque el padre de Joško tenía un Volkswagen prehistórico de color azul claro, al que en la familia llamaban Forcika, él dijo:

—Pues yo cuando sea mayor tendré un BMW.

Braco lo consideraba imposible y preguntó:

—¿Y quién te va a dar el dinero?

—Si mi papá tiene un Forcika, yo tendré un BMW —dijo Joško.

A Braco le parecía muy raro. Estaba convencido de que Joško lo decía sólo por Sanja, para que ella se enamorara de él y pudieran casarse cuando crecieran. Sanja era prima de Braco, pero aún así estaba celoso.

—¿Cómo? —preguntó Sanja a Joško.

—Pues igual que mi padre tiene coche y mi abuelo no. Porque siempre tenemos más. Yo voy a tener un BMW seguro, y quizá tenga un avión. Porque yo voy a tener más que mi padre. Los niños nuevos siempre tienen más.

Al oírlo, Braco se puso serio y se quedó pensativo; por primera vez le alegraba ser pequeño porque ellos eran los “niños nuevos”.

—Bueno, entonces yo tendré un Mercedes —dijo. El mundo había cambiado y lo había hecho de repente.

—Y yo tendré un bebé muy grande en su cochecito y un rascacielos —intervino Sanja.

Dicho lo cual, Joško propuso:

—Vamos a desnudarnos.

—Venga, va —asintió Braco.

Sanja corrió, no quería. Qué pena. A lo mejor era porque tenía un año más que ellos.

Sin embargo, parece ser que estuvo mirándolos, y que probablemente llamó a la madre de Braco que los sorprendió desnudos, a ellos, los niños nuevos, y de la paliza que le dio, a Braco se le olvidó todo.

A Joško le dio la paliza su propia madre, y a Sanja la suya por mirar a chicos desnudos. Y los tres olvidaron el asunto.

Por lo tanto, Braco no se acuerda de aquello, y no sabe cómo piensan los niños de hoy. Eso es mucho más difícil, ¿quién podría saberlo? No tiene ni idea de cómo su hijo contempla lo que ve. A veces le parece que entiende, pero no dice casi nada, aunque ya debería haber empezado a hablar. Aquí y allá suelta una palabra, como si comprendiera. Y así es, a veces entiende, eso se nota. Pero siempre con un aire un tanto ausente.

—Y bien, ¿por qué el niño no habla? —le preguntó a su mujer.

—Y yo qué sé —contestó ella.

—¿Qué edad tiene? —nunca lograba memorizarlo.

—Pronto cumplirá tres años.

—¡Mierda! —exclamó Braco.

El niño lo miró como si entendiera.

Los tiempos son otros, vete tú a saber de lo que se entera el crío. Quizá el niño es consciente de que Joško no ha comprado un avión ni tampoco un BMW. Quizá sabe que Joško condujo el viejo Yugo de su padre —que lo compró cuando el vetusto Forcika se caía ya a pedazos— hasta que se alistó en la Guardia Nacional, y hasta que volvió de permiso y la primera noche se metió una sobredosis. No obstante, eso se le contó como si hubiera muerto en la guerra, y todos los años su Brigada publicaba una gran esquela en el periódico *Slobodna Dalmacija*. Al fin y al cabo, hacía tiempo que Braco y Joško no salían juntos, quizá porque él había seguido pensando en coches y Joško se había hecho roquero y tenía una pandilla en la ciudad.

Y en cuanto a Sanja, lo crean o no, a pesar de que lo había olvidado todo, Braco jamás le perdonó que no le permitiera verla desnuda y que los traicionara. Hacía tiempo que se comportaban como si no hubieran crecido juntos y nunca mencionaron nada al respecto. Ella se había casado con Stipe Leko, que justo acababa de llegar sorprendiendo a Braco tumbado debajo del coche.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—No sé, de repente empieza a temblar, como si le faltara gasolina... —respondió Braco.

—Mejor sería tirarlo —replicó Leko.

—No, no. Es una buena máquina. Sólo hay que arreglar un circuito.

Leko, no muy convencido, encendió un cigarrillo.

—Que sí, nada más que un circuito. La corriente. Pero es que ya no tienes auténticos electricistas, los maestros de antes, ¡ay que joderse!

—Sí, la gente de ahora no quiere comerse mucho el tarro —dijo Leko expulsando el humo. Fumaba cigarrillos fuertes y llevaba gafas oscuras. De vez en cuando le daba un mamporro a Sanja. En cierta ocasión, ella le farfulló algo al respecto a Braco, pero él sólo la miró con cara de pasmo.

—Ya no hay maestros como los de antes —dijo Braco. Le gustaban esas frases heredadas de los viejos.

—¡A la gente le importa tres cojones! —replicó Leko. Esas frases, él las traducía literalmente.

—He estado donde Burić, viéndolo trabajar. Y fíjate, lo hace con una mano, ¿me entiendes? Yo no he dicho nada. Luego me he sentado en el coche y he arrancado a ver cómo iba la cosa. Antes de llegar a casa ya empezó a carraspear. ¿Me entiendes? ¡Con una mano arregla el circuito y con la otra sujeta un cigarrillo!

—Ya te lo he dicho, la gente de ahora no quiere comerse mucho el tarro —insistió Leko. Él conducía un BMW negro casi nuevo.

—Más tarde se lo reproché: “¡Las cosas no se hacen así, tío! Se te van a ir todos los clientes”, le dije. “Yo te garantizo que no voy a venir más.”

—¿Y qué dijo él? —preguntó Leko con desdén.

—Dame un pito —le pidió Braco después de limpiarse las manos en los pantalones. Lo encendió—. ¿Él? Nada de nada, como si no le hubiera dicho nada. Ya conoces a los maestros, con ellos no puedes hablar.

—¡Ajá!

—Siempre mira hacia otro lado —continuó Braco—, entonces se da la vuelta y se va como si tú no estuvieras. ¡Todos lo hacen! La madre que lo parió, le digo yo al Burić éste. ¡La madre que lo parió!

—¿Y él? —Leko bizqueó.

—Se fue a la caja. Me devolvió las cincuenta kunas y se fue a lavar las manos.

—Le importa tres cojones, te lo digo yo.

—Vale, ya lo he oído —cortó Braco. Cerró de golpe el capó.

—Venga, vámonos —dijo Leko.

—¡Espera que me lave las manos! —y se untó las manos con la pasta que se usaba para quitar la grasa.

Luego, mientras iban hacia Opuzen, después de un largo silencio, Leko sonrió y dijo:

—Oye, no te enfades, pero he oído, en fin, no sé si es verdad, que tu crío sólo sabe decir Tuđman.

—¿Qué?

—Que no dice mamá ni papá, sino Tuđman.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he oído por ahí.

—La gente habla gilipolleces.

—Oye, no te enfades ¡Qué más te da!

Iban en el BMW negro y escuchaban a Severina: “Soy yooooo, aún estoy aquí, y no me voy a ir”. Braco miraba alrededor. Los pensamientos serpenteaban y caracoleaban de acá para allá, igual que la carretera nacional. En un momento se sorprendió a sí mismo preguntándose con quién follaba Severina. Estaba muy buena, Severina. Entonces pensó en su mujer. Su mujer, desde un punto de vista objetivo, era joven y guapa, pero de alguna manera lo amuermaba. Eso era lo que le parecía, como si de puro muermo dejara de existir. Como si en ese sentido esencial, ya no existiera. Intentó acordarse cómo era antes de que lo amuermara. Se acordaba, sí, hablaba muy alto y se reía, su cuerpo era real bajo la mano de él, y todo eso lo animaba, y le entraban unas ganas tremendas de ir en una dirección, de apretar el acelerador de verdad sin pensar. Eso es quizá lo que sucedió. Ella sigue hoy hablando alto y él se esfuerza por no perder la calma. Y cada vez que se acuerda de eso, de aquellas ganas, le viene a la mente la palabra muermo. Así que habían llegado hasta ese punto, y él se sentía solo y enojado, igual que antaño después de una derrota apabullante del Hajduk en un partido crucial. Ni siquiera hay ya esas derrotas ni partidos cruciales. Sólo aburrimiento e irritación. Y no tenía ni idea de con quién follaba Severina.

—¿Tu qué crees, que Severina se amuermaría en el matrimonio? —le preguntó a Leko.

—¿Qué? —el otro se sobresaltó.

—¿Me entiendes? Eso, que ves a través de ella, pero es como invisible, vamos, que no la ves.

—¡Pues igual que todo hijo de vecino! —exclamó Leko.

Braco miraba fijamente a algún punto indeterminado delante de sí, como si buscara cuánto faltaba hasta Opuzen.

—Hummm, no sé —dijo.

—¡No jodas, tío! —le espetó Leko.

No volvieron a hablar hasta Opuzen. Leko cambió la música y puso a Mišo, que can-

taba a Dalmacia y a sus gentes.

Leko era una de esas personas que conducen bien sentadas, manteniéndose erguidas. Alrededor del cuello llevaba una cadena de oro con un crucifijo en el que agonizaba un diminuto Jesús, también de oro, y en su antebrazo, allí donde la piel es blanca y suave, escribía 4^a BOJNA, es decir, 4^o Batallón como se decía antes, y a Braco siempre le había parecido que las tres letras del final, JNA, que así por separado significaban Ejército Popular Yugoslavo, tenían otro color, más diluido y pálido, como si hubieran sido tatuadas mucho antes que el 4^a BO. Leko desvió la vista de la carretera y antes de que se volviera hacia Braco, éste ya miraba a otra parte.

Encontraron al hombre. Leko le había contado de qué iba el asunto y quién era el tipo. Era el dueño de algo. Rondaba los cincuenta tacos. Tenía ojos diminutos y era barrigón. Estaban en el pasillo del piso del tipo, que permanecía de frente y pestañeaba. Era un tocho, pero estaba cagado y no apartaba la vista de la pistola de Leko.

Ahora había que empezar. En aquel pasillo estrecho con las paredes revestidas de madera y bajo una luz turbia, Braco pensaba que había que empezar, había que extender la mano, agarrar algo, mientras en su cabeza marcaba las horas un reloj indeciso, como en los momentos en los que te sientas en un reservado débilmente iluminado y enfrente de ti está una mujer de la que todavía no estás muy seguro si quiere o no, aunque esboza una sonrisa enfermiza, y qué diablos, hay que extender la mano, agarrarla por el brazo seriamente, la primera vez hay que hacerlo así.

El tic-tac del reloj indeciso en la cabeza, ése es el presente.

En el pasillo. Braco agarró al gordo del brazo y se lo retorció con fuerza. El gordo gimió. Luego Leko se metió la pistola en el cinturón y le arreó al hombre un bofetón, seguido de otro.

Etcétera, etcétera; se pusieron de acuerdo para cinco días después.

Cinco días más tarde, Leko volvió a encontrar a Braco enrollado con el coche. No se molestó en saludar.

Mientras Braco se limpiaba las manos con la pasta, dijo:

—Mi mujer no está en casa.

—¿Y qué? —preguntó Leko.

—Pues que no hay nadie que cuide al niño.

—¿Y adónde ha ido? ¡Me cago en la madre que la parió!

—A trabajar.

—¿Y por qué no me has avisado? Habría llamado a otro.

—No me he acordado. Me acabo de dar cuenta de que no está ahora mismo.

—¡Venga, coge al crío!

—¿Qué?

—Que se viene con nosotros —dijo Leko.

El niño decía algo como: “Vuuuu. Tuuuu. Vuuuu”. En realidad, así descrito parece menos rico de lo que es, ¿pero qué sonidos cubren esos silbidos? Silbidos. Eso es mejor. Silbidos. Vuuuu. Leko se puso nervioso. Callaba. Braco estaba furioso. No sabía por qué. ¿Contra su mujer? ¿Contra Leko? ¿Contra quién?

El niño decía algo así como: “Vutu, vutu, vutu”.

¿Qué coche tendría de mayor? Leko conducía, y el pequeño miraba alrededor, silbaba y escupía a todo lo que se le ponía por delante.

Dejaron al niño jugando en el BMW.

El gordo los esperaba. Seguía teniendo ojos diminutos y barrigón. Esta vez también tenía la pasta. Estaban en el pasillo de su piso, y él los invitó a pasar y a sentarse. Era un auténtico tocho, ese día iba de patrón. Estaba de muy buen humor. Les dio la pasta y además les ofreció que trabajaran para él.

Braco dijo “¿El qué?”.

Leko dijo: “¡Bueno, ya hablaremos!”.

Después fueron a tomar algo. También esnifaron un poco de la coca de Leko. Al final acabaron animándose. Leko le dio su parte del dinero. Estaban sentados en una taberna desierta, en Pisak, y bebían.

—¿Y para el niño? —pregunto Braco.

—¿Para el niño qué? —inquirió Leko.

—Pues dinero.

Leko le enseñó los dientes. Era una sonrisa.

—Bueno, el niño también ha estado con nosotros.

A Leko eso le hizo mucha gracia. A Braco también, pero insistió.

—Ha estado con nosotros, ¿o no?

El crío, con los ojos abiertos de par en par, miraba hacia arriba desde su silla como un perro listo. Braco estaba seguro de que entendía.

—Vale..., pero si dice... —concluyó Leko clavando la vista en un punto del techo con la boca abierta, como si estuviera pensando si se reía o no.

—¿Qué? ¿Qué tiene que decir?

—Tuđman, si dise Tuđman tendrá su parte —contestó y bajó la vista, con las mejillas levemente hinchadas. Braco no se enfadó. Le parecía un buen acuerdo. Por raro que parezca, le resultaba incluso divertido. Tenía un humor excelente, la coca había funcionado.

—Vamos, di Tuđman —le ordenó Braco a su hijo.

El pequeño sólo lo miraba.

—Tuud—man, Tuud—man, Tuud—man —repetía Braco haciendo una imitación jocosa del lenguaje infantil, para ver si se le aguzaba el oído.

Nada.

El niño, ciertamente, abría la boca, pero no le interesaba vocear, sino quizá mover los músculos.

—Tuuuud—maaan...

Leko no pudo contenerse y estalló en carcajadas.

Braco lo miró y pensó algo así como que el mundo estaba loco.

—Tuuud—maaan —empezó a repetir el propio Leko, muerto de risa, retorciéndose sobre la mesa.

—Así, así. Oye al tío Leko —susurraba Braco a su hijo.

—Tuuud —decía Leko con los labios hacia fuera y sacando después toda la mandíbula— maaan.

Miraba fijamente a la cara del niño, que estaba un poco perplejo, y levantó el rostro deformado por las risotadas, asombrado de que algo así le hiciera tanta gracia y de lo bien que se entendía con Braco en aquellas risas, como nunca se habían entendido, qué de puta madre, realmente extraño, ¡qué cojonudo! Una orgía.

La camarera los miraba desde la barra, a ella también le hacía gracia aunque no sabía de qué se trataba.

Ahora estaban los dos vociferando ante el niño que abría los ojos con sus grandes pestañas rizadas y contemplaba a aquellas dos criaturas, próximas por el olor del coche, que con las bocas abiertas repetían: “Tuuuud—maaan. Tuuuud—maaan”. “Tuuuud —hacían una pequeña pausa y proseguían— maaan...”

El pequeño empezó a reírse, je, reírse, je, je, je, pero no dijo nada, sino que, como si se hubiera despertado de repente, balanceando la cabeza y el cuerpo entero, embargado por una euforia sorprendente reflejada en los ojos, en los dienteitos y en la carcajada infantil que surgía de los pulmones, sacudía las palmas de las manos y agitaba los brazos extendidos, pero se veía que no iba a volar.